

POLITICIZATION AND DESACRALIZATION OF THE CULT OF THE APOSTLE SANTIAGO IN SPAIN (1936-1943)

Resumen

En el presente artículo de investigación, se analiza, mediante una metodología de tipo cualitativo y una perspectiva de tipo histórico-politológico, la celebración a Santiago, con el objetivo de destacar que su restauración fue utilizada por el bando sublevado para legitimar la guerra y a su líder: Francisco Franco. Además, esta voluntad tiene otra importante consecuencia, es decir, provocar una competencia entre la Falange y la Iglesia por el monopolio de la misma, que condujo a la desacralización de la fiesta para colocar en pie de igualdad al santo con el «caudillo», quien fue adquiriendo ribetes místicos y hasta de santidad.

Palabras clave

Santiago Apóstol, Franco, Iglesia, Falange, celebración.

Abstract

The present research article analyzed, with a qualitative-type methodology and a historical-political perspective, the celebration to Santiago, with the objective of emphasizing that the restoration of the same was used by the rebellious side to legitimize the war and its leader: Francisco Franco. In addition, this will had another important consequence, that is, to provoke a competition between the Falange and the Church for its monopoly, which led to the desacralization of the feast to place the saint on a par with the “caudillo” who was acquiring mystical and even sanctity.

Keywords

Santiago, Franco, Church, Falange, celebration.

Referencia: Baisotti, P. A. (2017). Politización y desacralización del culto al apóstol Santiago en España (1936-1943). *Cultura Latinoamericana. Revista de Estudios Interculturales*. 26(2), pp. 206-236. DOI:10.14718/CulturaLatinoam.2017.26.2.9

POLITIZACIÓN Y DESACRALIZACIÓN DEL CULTO AL APÓSTOL SANTIAGO EN ESPAÑA (1936-1943)

*Pablo Alberto Baisotti**
Universidad Sun Yat-Sen

DOI:10.14718/CulturaLatinoam.2017.26.2.9

Introducción

Los ritos y las manifestaciones litúrgicas que se superpusieron durante la guerra civil española (1936-1939) constituyeron una parte integrante de la «religiosidad total» identificada con determinados valores, normas, costumbres y catolicismo. Como señaló Julián Casanova (2001), el catolicismo, identificado en la historia contemporánea de España con el conservadurismo político y social, fue el complemento perfecto del bando sublevado, desde los más fascistas hasta quienes se habían proclamado como republicanos de derecha. La guerra civil pasó en muy poco tiempo de golpe de Estado a «cruzada religiosa» para salvar la civilización cristiana. Fue así que el general Francisco Franco, jefe de los sublevados, utilizó todos los recursos tangibles e intangibles para derrotar al enemigo. En este plan, se perdió la distancia entre lo divino y lo profano, fue así que lo «sacro» se orientó a satisfacer más bien intereses político-militares, readaptando su patrimonio simbólico tradicional. Regresaron a modelos devocionales

* Ph. D. en Política, Instituciones e Historia de la Universidad de Bolonia (Italia). Magíster en Derecho de la Integración Económica de la Universidad de La Sorbona/Universidad del Salvador; magíster en Relaciones Internacionales Europa-América Latina de la Universidad de Bolonia y Licenciado en Historia de la Universidad del Salvador (Argentina). Actualmente es Fellow Researcher en la School of International Studies de la Universidad Sun Yat Sen (China). Contacto: pablo.a.baisotti@hotmail.com

El presente artículo es resultado de un proyecto de investigación desarrollado en la School of International Studies de la Universidad Sun Yat Sen (China).



barrocos basados en la fascinación de los fieles por lo externo, la emotividad y lo grandioso. El santuario de Santiago de Compostela, la basílica de la Virgen del Pilar en Zaragoza, el santuario de la «Gran Promesa» erigido en Valladolid al Sagrado Corazón de Jesús fueron los focos devocionales en torno a los cuales se concentraron mayormente peregrinaciones, ofrendas, reparaciones y desagravios. En las celebraciones religiosas y civiles fueron utilizados todos los recursos materiales e inmateriales, espirituales y concretos, tradicionales y modernos disponibles con el objetivo de exaltar la figura del líder. Uno de los recursos más utilizados fue la teatralización y la carga emotiva que oficiaron como poderosos conductores de sacralización (Casanova, 2001; Gallego, 2012). Franco necesitaba una organización política que le proporcionara una base doctrinal y una estructura de partido único para que su mandato adquiriese condiciones simbólicas y reales mucho mayores de las que poseía. Para pasar a la condición de un verdadero *caudillaje* que no procediera de un acto reducido a la voluntad de unos cuantos generales, sino que pudiera percibirse como un plebiscito del pueblo en armas fundador de su liderazgo carismático¹. La necesidad de adecuar el carisma de Franco a las necesidades posbélicas hizo que tomara cuerpo una interpretación del rito que fue mucho más allá del mito de «cruzado» para acreditarlo como componente fundamental en la institucionalización del *caudillaje*, consagrando la autoridad del «caudillo» a la estructuración del régimen dictatorial (Di Febo, 2002).

Giuliana di Febo (1988) estudió la devoción popular y señaló que el imaginario colectivo español durante el franquismo presentaba un eje sacro que unía a las ciudades de Zaragoza, Valladolid y Santiago de Compostela. Esas devociones/celebraciones se encontraban, según Alfonso Álvarez Bolado (1995), en estrecha relación con el tiempo bélico «objetivo», mezclado con la temporalidad específica de la Iglesia católica². Evidentemente las celebraciones religiosas durante la guerra

1. Desde el punto de vista puramente lingüístico, Francisco Conde (1974), uno de los ideólogos del franquismo, definió «acaudillar» como encabezar presuponiendo dos definiciones para ello: el que encabeza, conduce o guía y el conducido, encabezado o guiado. Asimismo, ambos términos se encontraron condicionados por un tercero: la meta hacia la cual se dirigen «caudillo» y acaudillados. El autor afirmó la validez durante la guerra civil de que acaudillar fuese guiar a «España en armas sostenida» frente a un estilo de política concreta: el Estado demo-liberal. De esta manera caudillaje se vinculó a una «totalidad» a toda España y fue traducido como una unión sustancial entre el «caudillo» y los españoles en armas haciendo del caudillaje un modo específicamente legítimo de mandar. Por ello acaudillar se consideró ante todo mandar legítimamente. Lo contrario a ello fue la dictadura.

2. Esquemáticamente se dividía en: 1) La temporalidad del Año Litúrgico y de las grandes devociones institucionalizadas con sus dos grandes ciclos: el de Epifanía (o Navidad) precedido por el Adviento, y el de Pascua precedido por la Cuaresma. La temporalidad de las grandes



civil española tuvieron múltiples relaciones y objetivos, entre ellos: impetrar la ayuda sobrenatural para la victoria a través del bando sublevado contra aquellos «anticristianos» que querían establecer el comunismo en España. Como había afirmado Herbert Southworth (1963) en los años sesenta, había, en el bando sublevado, un fondo de rosarios, misas, curas y liturgia católica. En pos de ello el líder sublevado, Francisco Franco, fue investido con la condición de «caudillo» desde el primer momento de la sublevación y su régimen de *caudillaje* no fue sino un régimen unipersonal y autocrático en palabras de Alberto Reig Tapia (1965).

La legitimación de la autocracia exigía previamente la construcción ideológica de un «caudillo» (Reig Tapia, 1965). Mona Ozouf (1982) estudió el tema de la fiesta revolucionaria durante el período de la Revolución francesa y señaló la importancia de todos los elementos que la componían y la unión de factores políticos, psicológicos, estéticos, morales y propagandísticos. La fiesta escondía la realidad lúgubre volviendo los vínculos sociales a un estado de pureza casi absoluta. David Kertzer (1988), otro de los tantos autores que analizaron las celebraciones, sostuvo que servían como un mecanismo para la participación masiva en la política (francesa) con meticulosa coreografía; para Claude Rivière (1998) tanto la liturgia como la ceremonia, la fiesta y el rito poseían, sobre todo, una connotación religiosa y agrega que no existía un movimiento político, de partido o un régimen que no hubiera hecho recurso a actos solemnes, repetitivos y codificados de órdenes verbales, gestuales y posturales dotados de una fuerte carga simbólica. En cambio, para Veronique Poirier (2001) a través de las fiestas rituales se recreaba el mito, presentándose como momentos temporales privilegiados. Dependiendo de la fiesta o del momento de una fiesta se pasaba de la ceremonia ritualizada sagrada a la diversión profana y espontánea. Este doble aspecto se basa en un polimorfismo de la celebración que proviene de la multiplicidad de significados superpuestos, desde la diversidad de sus funciones (religiosos, sociales, psicológicos) y desde la variedad de actividades colectivas concentradas. El tiempo del rito festivo, por lo tanto, suprime la distinción entre el mundo sagrado y el mundo profano, y es un momento de la consagración del orden social.

devociones institucionalizadas y de las fiestas solemnes: el mes de María (mayo), el mes del Sagrado Corazón (junio), el mes del Rosario (octubre), la solemnidad de Cristo Rey (último domingo de octubre), solemnidad de la Inmaculada (8 de diciembre) y; 2) La temporalidad marcada por decisivas intervenciones pontificias. En una comunidad tan jerárquica y comunicada como la Iglesia católica, estas intervenciones marcaron siempre fecha y generaron ritmo (Álvarez Bolado, 1995).



En este artículo se analizará la Fiesta del Apóstol Santiago en relación con la guerra civil española y, especialmente, con el «caudillo» Franco, que utilizó su devoción como un arma más de guerra. Es decir que la Fiesta del Apóstol se desacralizó para que pudiese adaptarse a las necesidades del momento y para legitimar a Franco y al bando sublevado. Al menos entre 1936 y 1943 la Fiesta de Santiago fue un momento de exaltación tanto del apóstol como del «caudillo» Franco, considerados por muchos como la misma figura mítica y sacralizada. De ello se desprenden cuatro preguntas: ¿hasta qué punto fue sacralizado Franco?; ¿la Iglesia aceptó esta actitud de sacralización?; y si lo hizo, ¿por qué la situación persistió al menos hasta 1943?; ¿qué rol desempeñó la Falange en la devoción al apóstol?

1. La persistencia de un apóstol

La leyenda presenta a Santiago como un cristiano que abandonó Palestina para llegar a la península ibérica. Allí fundó la Iglesia española. Según el obispo Zacarías de Vizcarra (1932), es Santiago quien «ha dado a la Iglesia Romana mayor número de hijos espirituales en veinte naciones» (p. 385). Hacia el siglo IX, en la España visigótica, se creó una devoción intensa y creciente; en los siglos XI-XII era uno de los santos más celebrados, por lo que se le dedicaron en Europa más de mil iglesias. El foco de esta expansión fue el lugar del Sepulcro en Arcis (Galicia) *locus Sancti Jacobi*, más adelante Santiago de Compostela. Hacia 1075 el obispo Diego Peláez inició la construcción de la actual iglesia románica terminada en el siglo XII por Diego Gelmírez. El papa Urbano II trasladó la sede episcopal de Iria a Compostela en 1095 y le concedió beneficios propios de toda metrópoli; el papa Calixto II entre 1120 y 1124 transfirió a la sede compostelana todas las diócesis sufragáneas que había tenido Mérida. Estas gracias, y otras muchas más, le fueron concedidas (entre ellas el Jubileo del Año Santo). El Jubileo del Año Santo, cuando la Fiesta del Apóstol es un domingo 25 de julio, se celebró con regularidad desde la Edad Media.

La devoción hispánica a Santiago y el vínculo de las peregrinaciones contribuyeron a preservar a España de la absorción mahometana durante la convivencia de ocho siglos. Américo Castro (1954) exaltó el influjo de la devoción a Santiago en la conformación del modo de ser de los españoles y además el culto fue un intento de crear un duplicado de la correlación pontificado-imperio que había en Europa; la pretensión imperial de los reyes de León se habría apoyado en una



supuesta primacía de Compostela al margen del pontífice. Las invocaciones a Santiago resonaron en las luchas antimahometanas y después en otros combates –guerra civil–: «¡Ayúdanos, Dios y Santiago!», «¡Santiago, y cierra España!». En señal de gratitud por la protección del apóstol, antes del siglo XI los territorios liberados de los moros comenzaron a pagar al Santuario de Compostela el llamado «voto de Santiago». Era un censo anual sobre el producto de la tierra y obligaba, además, a reservar para Santiago una porción del botín de guerra. El voto fue extendido por los Reyes Católicos al Reino de Granada tras su liberación. La peregrinación a Compostela data de los siglos IX-X, llega a un apogeo en los siglos XI-XII y se prolonga por toda la Edad Media. La revolución protestante trajo un cierto declive en el siglo XVI para recobrar su máximo vigor en los siglos XVII y XVIII (Aldea Vaquero, Marín Martínez & Vives Gatell, 1972)³.

Una particular ceremonia tuvo origen en la decisión de Felipe IV y en la Real Cédula de 1643 institucionalizó ofrecer a Santiago Apóstol, con ocasión de su fiesta el 25 de julio, un tributo anual de mil escudos de oro como reconocimiento por su protección al reino. A lo largo de los siglos la ofrenda material se transformó en la ceremonia de la «invocación» y «respuesta» (Di Febo, 1988)⁴. Esta ofrenda fue suspendida en 1931 por el gobierno republicano y restablecida por decreto-ley en 1937 con motivo de la proclamación del Año Santo para la conmemoración festiva del santo. En 1878 el papa León XIII declaró la autenticidad de las reliquias y el sepulcro del apóstol, para que todos los fieles lo celebrasen «y de nuevo emprendan peregrinaciones a aquel sepulcro sagrado» (*Deus Omnipotens*, 1884). Este hecho despertó el movimiento de la peregrinación a Santiago que, a partir de entonces, fue siempre en aumento⁵. Así sobre el rastro de viejas creencias –y sus

3. Véase la voz: «Santiago» en el *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, IV, pp. 2186, 2188-2190 y 2195.

4. Redondo (1993) señala que Franco anunció su propósito de realizar personalmente la ofrenda al apóstol pero las operaciones militares inaplazables se lo impidieron: se combatía en Brunete. Aparece la información en el BOE Oficial del Arzobispado de Valencia (18 de febrero de 1939), «La tradicional Ofrenda al Apóstol Santiago»: Por acuerdo votado en Cortes en 1646 los Reinos de España ofrecían todos los años al apóstol Santiago 500 ducados de plata. Las Cortes laicas de la República derogaron esta tradición. El 30 Diciembre de 1937 se reanudó por voluntad de nuestro glorioso Caudillo el acto de la Ofrenda. Llevó la representación del Jefe del Estado Español su Secretario Nicolás Franco, quien leyó una emocionante invocación (p. 46).

5. Fray Pérez de Urbel supuso que lo que sucedió en el siglo IX no fue más que la expansión de un culto preexistente dedicado a una reliquia menor o representativa, quizá la misma que había en Mérida en el siglo VII; expansión provocada por la veneración esperanzada y entusiasta que la noticia de la predicación suscitó en medio de los aprietos del Reino de Asturias, y que más tarde cuajó en la idea de la traslación. Esta hipótesis no concordaba con los datos acerca del Sepulcro (Aldea Vaquero et al., 1972).



celebraciones— se fueron configurando, de alguna manera, el calendario, las advocaciones, los cultos y los ritos de los períodos siguientes. Con el paso del tiempo, los motivos que desencadenaron la programación y la celebración de fiestas decayeron hasta convertirse en meras excusas o evolucionaron hacia otro tipo de sucesos que se celebraron con el mismo modelo. Las celebraciones, como la de Santiago Apóstol, fueron programadas para el público que contemporáneamente se convirtió en destinatario y protagonista de aquellos actos de carácter religioso y civil (Campos & Fernández de Sevilla, 2002).

2. Cabalgando con el apóstol contra los sarracenos

La Fiesta del Apóstol Santiago del 25 de julio de 1936, una semana después del alzamiento rebelde, se celebró en la plaza del Castillo de Pamplona con una gran misa de campaña para los voluntarios navarros que salían al frente. Fue una significativa muestra de que, con el impulso del clima popular y en muy pocos días, la interpretación del alzamiento se estaba tiñendo de un halo religioso. Para Raguer (2001) era un síntoma de que el golpe militar estaba transformándose en cruzada⁶. Antes del restablecimiento oficial del culto y con la guerra civil en curso, las invocaciones ya habían comenzado en la zona «nacional», una de ellas fue la exhortación pastoral sobre el mes del Rosario aparecida en el *Boletín eclesiástico del Obispado de Mondoñedo* del 20 de septiembre de 1936. Las palabras del obispo Arriba y Castro podrían describir perfectamente lo que la Iglesia esperaba de Franco: «¡Dios ayudó, y Santiago! [...] al Caudillo invicto, al elegido. Al insigne caballero del Ideal hispano» (citado por Fernández García, 1985, p. 57). Parte de toda la operación de legitimación religiosa requería una completa compenetración de los valores religiosos con los militares⁷. Di Febo (1988) sostiene que durante la guerra civil el culto a Santiago fue relanzado en su dimensión patriótico-militar, acompañada por todas las creencias que habían hecho de él un santo de rama nacional e internacional: su martirio, el poder taumatúrgico

6. Véase también Moro & Menozzi (Eds.) (2004). *Cattolicesimo e totalitarismo. Chiese e culture religiose tra due guerre mondiali (Italia, Spagna, Francia)*.

7. En una entrevista realizada a Caro Baroja se le preguntó: «¿Qué personajes históricos españoles han sido más inflados, más desajustados de la realidad?» Su respuesta fue muy clara y concisa: «Todos los que han sido objeto de una mitificación poética. Son personas que por alguna razón o, simplemente, por la coyuntura en la que nacieron, han tenido la fortuna de ser magnificados y puestos en unas categorías históricas que objetivamente no tenían. El Cid no fue un personaje tan importante como Alfonso VI de Castilla, sin embargo el primero fue considerado un héroe» (Caro Baroja & Temprano, 1985, p. 72).



de sus reliquias, España como tierra elegida para la predicación. En particular se hizo hincapié en la función de paladín antihereje contra los «nuevos sarracenos» (p. 40). En el *Boletín eclesiástico del Obispado de Pamplona* del 1 de diciembre de 1936 se pueden leer las palabras del obispo de Pamplona, Olaechea:

Debemos aprovechar la feliz y providencial coincidencia de que sea el año próximo de 1937, año jubilar en la Basílica de Santiago para postradas ante el sepulcro del Apóstol en piadosa peregrinación diocesana si las circunstancias lo consienten, visitar su santo cuerpo y pedir desde ahora todos que el Año Jubilar sea el año de la paz definitiva de España que se gloria en reconocerle como Patrono y de restauración integral de la Patria basada en la Fe y vida cristianas que él sembró con su predicación (p. 465).

Interpretando que la guerra sería más larga de lo esperado, el clero decidió incrementar los niveles de sacralización del «caudillo» para aprovechar que 1937 era el año jubilar del bélico patrón de la Reconquista. A partir de la devoción a Santiago se simplificó su involucramiento con la guerra a través de la figura de Franco, abriéndose un espacio simbólico saturado de heroicidad patriótica y memoria tradicional (Álvarez Bolado, 1995). La interpretación de la guerra –como luego de la paz– comenzaba a concebirse en modo casi místico y el «caudillo» pronto adquirió un estatus similar –y para muchos superior– a Santiago. A pesar de la anterior interpretación, Franco tuvo mucho cuidado de cimentar su poder en tres bastiones: el Ejército, la Iglesia y la Falange unificada. El primero constituyó el arma indispensable para vencer en la guerra civil y mantener los frutos de la victoria; la segunda proporcionó un catolicismo militante y beligerante que habría de ser hasta el final la ideología omnipresente del régimen triunfante; y, finalmente, el partido único fue el instrumento clave para organizar a sus partidarios⁸.

El periódico *La Gaceta del Norte* (1937) mencionó la existencia de una «renovación espiritual» importante para establecer un vínculo entre Franco y la guerra con el Santo. A través del Decreto 324 se reconoció a Santiago como Patrón de España y se declaró el 25 de julio de cada año como día de fiesta nacional. Esta celebración

8. La literatura sobre el período es vasta. Se propone la lectura de algunos de los más importantes libros: Moradiellos (2000). *La España de Franco (1939-1975)*; Thomas (2001). *La Falange de Franco*; Saz, (2003). *España contra España. Los nacionalismos franquistas*; Sánchez Jiménez (2004). *La España contemporánea. De 1931 a nuestros días, III*; Aróstegui (Ed.) (2012). *Franco: la represión como sistema, Flor del Viento*.



junto a la fiesta de la Virgen del Pilar fueron las fiestas católicas más importantes y no pasaron desapercibidas a la Falange, que intentó disputar la primacía de la organización a la Iglesia con el objetivo de obtener todo el rédito «sacro» posible para el fortalecimiento de la figura del «caudillo». Ello facilitó su sacralización en clave católica, esto era una completa transfiguración entre Santiago y el líder. Aun así, la Falange restando importancia al culto del santo, trasladó hacia el «caudillo» toda la devoción que el santo podía provocar en la población, como parte del proyecto en el cual el «caudillo», el Estado y la guerra debían ser exaltados. Las tensiones entre la Falange y la Iglesia pronto se sucedieron, si bien compartían el objetivo de sacralizar a Franco, el trasfondo final variaba radicalmente: uno era religioso y el otro pagano. Otro de los puntos en común fue que cada una de las victorias «nacionales» se debía a que Santiago guiaba la mano del «caudillo». La Iglesia bautizó a este como un nuevo cruzado; la Falange, un «santo» de la raza expresión misma de la hispanidad⁹. Para Reig Tapia (1995), Franco fue adquiriendo todo el poder, absoluto e indivisible, en tanto que se transformaba en la encarnación misma de la doctrina y de la acción y, gracias a esa irresistible mística que lo unía con su pueblo, fue transformado en la expresión viva y exclusiva de su voluntad y único forjador de su destino.

Retomada la tradicional oferta en 1937, en representación de Franco se designó al general de los ejércitos del Norte, Dávila. Una vez concluida la misa llegó el turno de la invocación. Dávila destacó el profundo significado del ofrecimiento al Apóstol remarcando que en su bendición se basaba la «unidad religiosa» española. Por otra parte, reflejó que la «unidad política» de la raza hispana no se había roto gracias al esfuerzo gigantesco de los que dieron generosamente su sangre en los campos de batalla, por ello la España «triumfante» había acudido a Santiago a testimoniar su agradecimiento. Dávila continuó comparando la figura del santo con la España que derramó su sangre para fecundar la tierra y hacer renacer una patria nueva; mencionó que, cuando se interrumpieron las tradiciones religiosas y se debilitaron los fuertes lazos de la fe hasta hacer caer los valores espirituales, la unidad española se quebró debido al conjuro de fuerzas revolucio-

9. Según Pöhl (1969), en la propia existencia terrena los hombres pueden ser portadores de poder divino y, como tales, sujetos a temor religioso y veneración. Pertenecen a este grupo los que curan a enfermos, los sacerdotes y profetas, los consagrados al culto divino, los reyes y los hombres de gran autoridad. Además de la santidad absoluta y original existe una santidad derivada o adquirida que se puede tener en dos modos: por su dependencia funcional al ser original o por transmisión y concesión, como la donada por la consagración o bendición.



narias escudadas en un laicismo ateo y en la masonería judaizante. Una vez terminada la descripción histórica, Dávila remató su discurso sosteniendo que para defender a la fe y a la patria se formaron legiones, regimientos y falanges de cruzados «guerreros invencibles» y en los momentos de inquietud se produjo el milagro gracias a que una mano divina ayudó a las pequeñas unidades guerreras a convertirse en un poderoso ejército salvador. De esta manera se reafirmó la obra evangelizadora para asegurar los principios en los cuales se asentaban la unidad y grandeza de España.

En respuesta el Cardenal Gomá (citado por Redondo, 1993) señaló que la ofrenda debía tener el sentido de una plegaria por la paz justa, sólida y gloriosa, bien fundamental de los pueblos. Luego se refirió a un salmo comparándolo con una frase de Franco¹⁰. Continuó:

Al sentido de plegaria por la paz hay que añadir a la ofrenda de este año la expresión externa de un anhelo del alma española: el anhelo de restauración integral de la vida española según las exigencias de nuestro carácter nacional y de nuestra historia [...] No bastará la reconquista del territorio español; será preciso hallar de nuevo nuestra alma. Los pueblos no cambian con una revolución; prueba de ello es que después de cinco años de deformación del alma nacional, ésta ha roto el molde político y legal que sometía a tortura el cuerpo de España, y ha salido entera, con su energía secular, para destruir en los campos de batalla la máquina con que se la quiso aherrar. Pero tampoco cambian los pueblos con el éxito material de una contrarrevolución, si ésta no es capaz de reentrar la vida nacional en los cauces de su historia (Redondo, 1993, p. 322).

Dávila utilizó un símbolo religioso de manera instrumental, Gomá propuso nuevamente la idea de que solo en el catolicismo España encontraría la vía de salvación. La canalización de la devoción, o parte de ella, fue el espejo ideal por el cual la Iglesia reflejó ciertas virtudes del apóstol en Franco: religioso, guerrero, providencial, quien además aprovechó cada una estas ocasiones para absorber la devoción que la población le dispensaba al Santo. El tradicional fin de la religiosa celebración fue radicalmente modificado surgiendo otras dinámicas: culto al «caudillo», a la guerra, execración de los «anti-Dios», etc. El periódico *El Eco de Santiago* lo expresaba de la siguiente manera en un artículo llamado *España vuelve hacia Santiago*:

10. «Israel vivía en paz, cada cual a la sombra de su higuera y de su parral»; mientras que la del Jefe del Estado «no halla en España un hogar sin lumbre y sin pan». «La “ofrenda” a Santiago en la Basílica Compostelana» (*La Gaceta del Norte*, 1937, p. 1).



España renueva su devoción al Apóstol, FRANCO el invicto, el glorioso, el caudillo, elegido por Dios para salvación de la Patria, ciñe en su fervido abrazo a nuestro Celeste Capitán y, con este abrazo cordial, Compostela vuelve a poner en el escudo de España la voluntad tajante de su roja espada, y el ansia etérea de su estrellado camino sideral [...] Loemos a Dios, adoremos a Santiago y obedezcamos a Franco, hombre excepcional, ungido ya por la Divina dilección, y alzemos hoy sobre el pavés de nuestros corazones a este GRAN CAPITAN DE ESPAÑA, que viene, desde los campos de batalla, a reanimar la llama sagrada del culto hispánico que encendió, en el dorado Camarín apostólico, Gonzalo de Córdoba [...] Compostela siente en sus entrañas de cuarzo, el taladro fulmíneo de la nueva luz de la Patria, y vibran los cánticos y las campanas con un sentido hispano y triunfal, nunca escuchado desde que se apagó el eco de los dorados siglos [...].

¡ARRIBA ESPAÑA!

¡VIVA FRANCO!

¡GLORIA A SANTIAGO! («España vuelve», 1937, p. 1.)

En este artículo se menciona indistintamente a Franco y a Santiago «confundiéndolos» para crear la sensación de continuidad e incluso de superposición. ¿Cómo podría desafiarse, entonces, un ser providencial? Santiago era considerado de las esencias más puras del catolicismo por ello, en su nombre, los nuevos cruzados acudían a sus pies para enfrentar el peligro comunista. Resalta al final del artículo el curioso orden de despedida: España, Franco, Santo. La bendición religiosa recibida después de los ofertorios justificaban y alentaban la cruzada contra «una civilización decadente y en favor del espiritualismo mundial» («El Camino del Apóstol», 1937, p. 1). Berrueta escribió un artículo publicado en el periódico *El Adelanto* del 25 de julio de 1937:

La historia se repite. Hoy parece que asistimos a la grande cruzada del final de los tiempos apocalípticos: «Al cabo de los mil años será suelto Satanás [...] y engañará a las naciones [...] y las juntará para dar batalla». Es el Anti-Cristo colectivo, encarnado en el comunismo [...] Y ha aparecido también la apostasía implícita de gentes tituladas católicas, en placentera camaradería con los ateos internacionalistas. Y surgió la cruzada. Guerra y romería, la espada y la cruz, o la cruz que el espada de Santiago [...] «¡Santiago, y cierra España!» el pueblo español ha perdido la significación de este grito de milicias tradicionales. «Cierra», en el sentido de «acometer», no se refiere a Santiago, sino a España. Es como un «¡Arriba España!» (p. 1).



La guerra como «cruzada» fue un modo de bendecir a los «nacionales», aquellos que pretendían defender con la espada y con la cruz a la verdadera España. Por último, el artículo paragona la tradicional frase santiaguista con el grito «nacional». La Falange buscó con denuedo ligar la historia española a la del movimiento para crear una sensación de continuidad. Siguiendo esta línea histórica sacra e imperial, se demuestra con el siguiente artículo de *El Eco de Santiago* la deseada confusión que se intentaba provocar entre Franco y el «celeste caudillo»:

Norma y espíritu del nuevo Imperio, marca tu mano la gloria del patrio destino. Pensamiento excelso y ánimo valeroso mueven tu sagrada empresa, y las aurirrojas banderas del triunfo alegran el cielo de España, como en los días felices cuando aún no se ponía el Sol. Para que nada falte en tu enaltecedora misión de restaurador de España, rindes hoy tu espada ante el Celeste Caudillo de nuestras nacionales victorias: ¡que Él os bendiga a tí y a la Patria! y que por su celeste camino de estrellas llegue a todos los ámbitos del Mundo el clamor triunfal de la nueva Era Hispánica («Número extraordinario», 1937, p. 1).

Debe remarcar que para esta primera celebración «oficial» del santo, el proceso de unificación de los partidos ya había sido llevado a cabo con rotundo éxito y se señala, pues, la decidida intención falangista de sacralizar a su «caudillo». La opción concebida era nutrir un espacio donde desarrollar un culto paralelo a Franco, en quien volcaron sus expectativas para el establecimiento de un Estado nacional-sindicalista con fuerte retórica imperialista y culto a la violencia.

En el *Boletín eclesiástico del Obispado de Pamplona* de 1938, se publicó una noticia proveniente de la Santa Sede en la cual se prorrogaba el año jubilar compostelano, de esta manera el papa entraba en el «juego español» reforzando la posición de la Iglesia, y justificaba esta decisión al afirmar que era una manera para que todos los españoles tuviesen la ocasión de visitar al santo para solicitarle las gracias espirituales que por causa de la guerra no habían podido realizar (p. 4). La Falange, por su parte, días antes de la oferta de 1938 comenzó a preparar el «terreno místico» insistiendo en la relación directa entre el «caudillo» y el santo que, según el periódico falangista *El Alcázar*, «se alzó de su sepulcro, blandió la espada ganando pueblos y ciudades» («¡Santiago y cierra España!», 1938, p. 1). En otro artículo, siempre en el mismo periódico, se reafirmó la presencia tangible del apóstol:



En todas las Cruzadas de la fe, presidió la obra de la Reconquista, cabalgó entre nuestros guerreros tremolando el estandarte de la Cruz [...] En esta nueva y gloriosa Cruzada, Santiago, tutelar de las grandezas de España, ha montado en su caballo blanco y ha llevado a las tropas de Franco la victoria. Por eso España se rinde agradecida ante sus plantas y le hace entrega de su ofrenda («España entera, camino de Santiago», 1938, p. 1).

Se puede apreciar la diferencia de enfoque confrontándolo con otro artículo aparecido en el *Boletín parroquial de San Pablo* del 24 de julio de 1938 llamado «Ayudemos a terminar la guerra»:

Descontando el triunfo definitivo de las armas nacionales, por la oración de todos los buenos españoles y por la pericia y valor de nuestras milicias, dirigida por el Generalísimo Franco, hemos de cooperar con los mismos medios para que ese final glorioso venga pronto [...] Vamos todos, en el día de nuestro Apóstol y patrón de España, Santiago, a pedir al Señor por intercesión de la Santísima Virgen, que veamos pronto el suspirado día de nuestra resurrección hispana, después de la pasión tan dolorosa que sufrimos (p. 1).

Por su parte, el periódico de la Acción Católica, *Signo*, el mismo día de la celebración, publicó dos interesantes artículos de exaltación al «caudillo». El primero se llama «A Franco» y posee más tintes poético-religiosos que informativos:

Donación generosa de Dios, decímosle hoy en nuestra embriaguez católica e hispánica: Mira en el cielo grabado con luces de eternidad tu camino. Por él va Santiago, caballero, ensanchando los dominios de la Cristianidad. Nosotros a tu lado, en pie de guerra, con aire de misión, con voluntad de imperio (p. 1).

El segundo, «Por Dios y por España», apunta a relacionar estrechamente a Franco, a Santiago y a la patria como hogar común elegido por la Providencia:

Cuando por los aires de España saltó su sombra alanceada llamando por la voz del Caudillo a la Santa Cruzada, se estremecieron todos nuestros huesos y como una riada amplia, majestuosa, incontenible [...] A todos los rincones de la guerra, a todas las avanzadas del Ejército han llevado el «perfume de Cristo» [...] Y sin embargo, aquí está el alma de la Cruzada. Y las supremas reservas de la Patria [...] Así, los heroísmos de esta guerra



de leyenda reciben una sobreexaltación, porque se ponen al servicio de un ideal altísimo. Así la guerra no pierde sentido de Cruzada [...] y España fué elegida por la Providencia para salvar al mundo de un abismo de mal. España está en cruz (p. 1).

El discurso ofertorio compostelano del 25 de julio de 1938, día del comienzo de la batalla del Ebro, recayó sobre el hombre fuerte de la Falange, Serrano Súñer. Siempre en nombre de Franco expresó:

[...] Y España es el caudillo, que a Vos recurrió en los primeros combates y cuya energía y rectitud evocan las vuestras; es el Gobierno, con cuya representación me honro; son los heroicos combatientes; es la retaguardia encuadrada en Milicias de Trabajo, presidida como antaño por sus jerarquías militares, eclesiástica y civiles [...] Vuelve la España unida por la fe y por la grandeza de su idea imperial [...] Vuelve la Justicia de una sociedad orgánica, y volvéis Vos, porque ha vuelto el Crucifijo a las escuelas y a los estrados forenses y conduce ya toda la vida española [...] De vuestra Galicia surgió el protomártir de nuestro Movimiento, José Calvo Stelo [sic]. Ello engendró y formó con hálitos marinos –brancos e imperiales– y con suaves delicias de cántigas y de rias misteriosas, al Caudillo de España, cuyos ojos reflejan toda la fe jacobea («La ofrenda de España», 1938, p. 3; *Boletín Oficial*, 1938, pp. 321-324).

Seguidamente Serrano Súñer depositó en una gran copa de plata las monedas como símbolo de la ofrenda. Los argumentos se basaron en la guerra, la fe, los enemigos y el ideal de España: «una, grande y libre», para luego hacer una referencia histórica señalando que gracias, a la protección del apóstol, pueblos se reconciliaron en la dirección espiritualista de la vida y que hoy luchan contra la barbarie materialista para salvar a España y al mundo. En el final del discurso, Serrano Súñer apuntó a la unión entre la tradición y el ideal imperial, concluyendo con un llamamiento a una colaboración íntima entre la Iglesia y la patria «faro del mundo y luz de las naciones» y una amenaza hacia los extraviados, los traicioneros y las fuerzas del mal. Se produjo un giro en su discurso ya que este comenzó destacando una plena penetración religiosa y «nacional» para luego parangonar a Franco con el apóstol, pasando así a una sacralización de tintes paganizantes, una seudoelevación de lo sagrado. Ese velo católico con el cual intentó impregnar su discurso no hizo más que reflejar la confusión que se vivía en esos momentos en la zona «nacional». La respuesta del arzobispo Muñiz y Pablos fue concreta y directa:



La ofrenda es eso: un testimonio solemne de que el pueblo español quiere continuar lo que siempre fue, desde que se puso bajo el amparo y protección del Apóstol Santiago [...] Somos así, o no somos nada. Venceremos o moriremos en la contienda, pero ¡venceremos! [...] volverá a montar a caballo, si fuese necesario; porque también su fidelidad, la palabra empeñada de ser siempre nuestro Patrono, de protegernos en todo momento, de salvarnos en los trances más duros de nuestra Historia [...] Decid al Generalísimo, que la Basílica compostelana ha recibido hoy la ofrenda del Apóstol como lo que es, como un voto, como una acción de gracias por los favores de mañana y que éstos vendrán, pese a nuestra flaqueza, la cual, en la balanza de la justicia divina, hallará un fuerte contrapeso en los méritos y en la protección de nuestro Apóstol [...] («La ofrenda de España», 1938, p. 3; *Boletín Oficial*, 1938, p. 5).

Con estas palabras el arzobispo reafirmó que la Iglesia estaba del lado de Franco y de los «nacionales», aunque intentando mantener una prudencial distancia. El 1 de septiembre de 1938, en el *Boletín oficial del Obispado de Pamplona*, apareció un escrito del 25 de agosto de ese año del obispo Olaechea titulado «Al clero y fieles de la diócesis», en el cual se nota un decidido apoyo del lado de los rebeldes:

Es verdad que se ve brotar en la punta de las bayonetas de nuestros soldados el ramo de olivo. Es verdad que estamos respirando, por la misericordia divina auras de triunfo final pero, por si no nos viene la paz con el paso acelerado que que [sic] queremos, no nos podemos exponer a que se nos pase sin fruto el año jubilar. Vayamos, pues, a Santiago mientras retumba el ruido el cañón. Vayamos a Santiago a pedir a Dios por la intercesión del glorioso Patrono de España la terminación venturosa de la más alta cruzada, que han visto los siglos; cruzada en que es palpable la asistencia divina a nuestro lado. Toda España es Clavijo. Vayamos a Santiago a pedir por nuestros muertos queridos, que en ninguna parte de la tierra los sentiremos más cerca de nosotros: vayamos a pedirle por la vida y salud de nuestros soldados, por la aparición de la España de nuestros sueños, la que proyecta el Caudillo, por la que luchan nuestros mozos [...] (pp. 488-489).

En diciembre de ese mismo año, Franco viajó a Santiago de Compostela para reafirmar sus «lazos» con el apóstol. El periódico falangista *Arriba España* hizo un detallado informe de su periplo: ingresó en la basílica mientras sonaban los acordes del himno al apóstol y el público prorrumplía en vítores hacia su persona, desde allí se dirigió hacia la cripta del santo donde oyó la misa oficiada por el arzobispo y



después, con sus acompañantes, marcharon hacia el altar mayor donde fue rezado un responso por los «caídos» para encenderse luego una lámpara como recordatorio. Para concluir, Franco besó la imagen del apóstol dirigiéndose hacia la entrada y saludando al público que entonaba el «Cara al Sol» («El Generalísimo», 1938). Se destaca que Franco ingresó con el himno al apóstol y salió con el Cara al Sol, en medio rezó besó la imagen del apóstol y encendió una lámpara por los «caídos» siempre bajo la aclamación del público. El periódico *Signo* sostuvo que el generalísimo hizo un alto en la guerra para pedir la intercesión de Santiago ante Dios:

Es un penetrante olor a Cruzada, a heroísmo, a santidad. Es una resurrección triunfante del clásico espíritu del guerrero español que luchaba con ardor invocando a Santiago [...] es el signo de la auténtica legitimidad española y cristiana de esta Reconquista del siglo xx [...] El Caudillo, peregrino a Santiago, es el signo de la auténtica legitimidad española y cristiana de esta Reconquista del siglo xx. El Caudillo, peregrino a Santiago, enlaza este momento español con aquellos otros en que a punta de espada –que en este caso era lo mismo que a punta de cruz– estallaba vigorosamente la nacionalidad española para ponerla al servicio de Dios y su Iglesia. El Caudillo, peregrino a Santiago, proclama la continuidad de la Reconquista y la aceptación de España a proseguir esta ruda labor sin desmayo. Hasta arrojar de su suelo a sus enemigos, que son los de Dios [...] («El Caudillo», 1938, p. 1).

3. El primer franquismo y la paz del Apóstol

En 1939, año de la victoria «nacional», el *Boletín parroquial de San Pablo* expresaba, en su artículo «¡Gloria Dios! ¡Viva su providencial Caudillo! ¡Arriba España!», la invencibilidad de Franco por la gracia de Jesucristo, poniéndolos casi a la misma altura:

Después de treinta meses de penosa esclavitud para muchos españoles en las zonas invadidas de las huestes comunistas, llegó, por fin, la tan deseada victoria. *España es toda de España*. La paz y la alegría reinan en sus pueblos y ciudades. Triunfó Cristo, tan perseguido en sus miembros e instituciones [...] nos llega la noticia de la salvación de la nación española por los esfuerzos del invicto Franco y de sus invencibles ejércitos. Doble motivo para que con fervor cristiano y patriótico celebremos estos acontecimientos de modo digno y que corresponda a la gratitud que debemos



manifestar a Jesucristo y a Franco [...] Desfilemos todos ante el Sagrario en ese gran Jueves ofreciendo la Comunión en gratitud a Dios, por la terminación de la guerra y en reconocimiento a Franco, ofreciendo por él y sus ejércitos sacrificados y victoriosos, la sagrada Comunión. Es el obsequio que más agradece nuestro tan aclamado Caudillo (p. 1).

Como señala Casanova (2001), ese sentimiento religioso, esa «justicia social cristiana a la española», esa recatolización por las armas no contemplaba la reconciliación, el perdón para los vencidos. La rendición incondicional del enemigo, el «triumfo de la Ciudad de Dios», llegarían acompañados de una retórica y de una práctica empapadas de militarismo, nacionalismo y triunfalismo católico. Gloria de los vencedores y recuerdo amargo para los vencidos. Una victoria total y definitiva sobre las fuerzas del mal. Con protección sobrenatural del apóstol Santiago, de santa Teresa o de la Virgen del Pilar. Religión y política.

Ese año fue el turno del general Moscardó de hacer la ofrenda al apóstol. Realizó su entrada en la catedral por la puerta del Obradoiro donde lo aguardaban religiosos, desde allí se organizó una comitiva en dirección hacia el altar mayor. Con el oferente figuraban la corporación municipal, varios militares, el secretario provincial del Movimiento, los alcaldes de Compostela, Vigo y Burgos, el gobernador de la provincia, el presidente de la diputación y otras personalidades. A diferencia de otros años, la oferta de 1939 se realizó con un imponente despliegue como también lo fue la elección del oferente, símbolo de resistencia y victoria. En el altar mayor, la solemne función religiosa fue oficiada por el arzobispo y una vez esta concluyó comenzó el acto de invocación. Moscardó inició con una salutación y una mención por la victoria producto de la mano del «glorioso caudillo» en cumplimiento del deber hacia los «caídos». Presentó una relación directa entre Franco y el santo: «Tú que nos alentaste en los momentos duros de la guerra, y guiaste al Generalísimo en los momentos difíciles de la lucha, recibe hoy la gratitud emocionada de un pueblo que se siente más que nunca abrazado en el fuego de su fe y de su devoción» («El general Moscardó», 1939, p. 1).

Con el enemigo ya derrotado, Moscardó resaltó las afirmaciones católicas y nacionalistas y utilizó la palabra «alcázar» –fortaleza– diciendo que provenía de Dios, como lo fue «Su brazo» el que conservó aquel puñado de valientes para resistir a los enemigos de España. El Alcázar –continuó– eran ruinas sagradas, un altar para el culto a Dios, a la patria y al «caudillo» libertador elegido por designios providenciales como guía hacia los caminos del Imperio («El general Moscardó»,



1939, p. 1). La sensación de omnipresencia de Franco que Moscardó intentó demostrar condimentó, en grandes dosis, el culto a su personalidad. El arzobispo Muñiz de Pablos respondió que al generalísimo le cabía la gloria de haber restablecido la tradición después de un silencio de seis años y que la iglesia compostelana se hallaba en una deuda de gratitud hacia él por haber restituido la ofrenda de modo oficial durante la batalla de Brunete. Pero también dejó entrever que la cercanía con la Iglesia fue un factor fundamental para la grandeza del país. Terminada la función religiosa, el general Moscardó y sus hijos salieron de la catedral siendo vitoreados por la multitud al igual que al santo, a España y a Franco («En nombre del Caudillo», 1939).

En el año 1940, luego de la euforia de la victoria, se le delegó al ministro de Educación Ibáñez Martín la representación del «caudillo» para la ofrenda al apóstol. No fue ya necesaria una persona de la notoriedad de Moscardó, Serrano Súñer o Dávila para acercarse al santo. En la entrada de la catedral se le rindieron honores de jefe de Estado en compañía del general de la octava región militar, el general del departamento marítimo del Ferrol del Caudillo, el gobernador civil de la provincia, el jefe provincial del Movimiento y otras autoridades. Inmediatamente se organizó la procesión que era presidida por el arzobispo de Santiago con otros religiosos y la cerraban el ministro y las autoridades. El discurso ofertorio de Ibáñez Martín incluyó ingredientes poéticos, bíblicos y místicos de los cuales se desprende la figura de Franco como el último de los caudillos de la historia española; rogó finalmente por la nueva guerra de la «paz» y la nueva era del «imperio para Dios». El oferente en realidad estaba convencido de que el apóstol había tenido un papel relevante en la guerra civil incentivando al «hombre providencial». Para concluir, Ibáñez Martín afirmó que Franco trajo el fervor de todo un pueblo ardiente de pasión española contagiado de fe en nombre de los que cayeron y de la juventud («La festividad de Santiago», p. 1). La respuesta del arzobispo Muñiz de Pablos, si bien mucho más realista y directa, no dejó de estar en sintonía con Ibáñez Martín. Señaló que la basílica de Compostela poseía una deuda de gratitud hacia Franco y hacia la nación española rogando que fuese siempre el pueblo católico por excelencia y por último afirmó que allí a diario se rezaba por la intercesión del apóstol en favor de Franco para que Dios le diera luz a su inteligencia, aliento a su pecho y fortaleza a su brazo para el bien suyo y el de todos los españoles («Ofrenda del caudillo», 1940, p. 1).

La idea de providencialidad de Franco se transformó en algo normal y rutinario no solo entre sus colaboradores, sino también en



algunos sectores de la Iglesia española. Hacia septiembre de 1940 las comparaciones entre el apóstol y Franco no cesaban, como se evidenciaba en el discurso del presidente nacional de la juventud de Acción Católica, Manuel Aparici, durante un acto eucarístico celebrado en Zaragoza. En el mismo se demuestra el nivel de paroxismo religioso alcanzado durante los primeros años de posguerra civil en España:

Se habían cerrado los caminos del Reino de Dios allí mismo donde nace la vida; en el hogar, en el matrimonio, convirtiendo este en un vil contubernio. Y de pronto Dios dio a España un Caudillo y una espada, la más limpia de la historia del momento actual [...] esa espada se levanta, ese Caudillo llama, y el pueblo se pone en pie, vuelve a vivir los grandes años de su historia, de esa historia peregrinante de España, porque es un peregrino, es el Apóstol Santiago («Ofrenda de la sangre», 1940, p. 5).

En 1941 el ministro de Marina Salvador Moreno fue el encargado de presentar la ofrenda nacional al apóstol. Desde el ayuntamiento compostelano fue organizada una comitiva que lo acompañó, la cual estaba formada por las autoridades civiles, las militares, las académicas y las eclesiásticas. El ministro ingresó en la catedral donde fue recibido por una comisión de religiosos para dirigirse hacia el altar mayor. Desde allí partió la tradicional procesión que incluía un templete con la reliquia del apóstol. Dieron escolta trece caballeros de la orden militar de Santiago seguidos por dos acólitos que llevaban la bandeja con la copa de plata al lugar donde se deposita la ofrenda. A la cabeza de la ceremonia se encontraba el arzobispo de Compostela con los obispos de Lugo y de Mondoñedo, el abad mitrado de Samos y las demás dignidades religiosas; después el ministro-delegado del jefe del Estado, el gobernador civil de La Coruña y otros representantes civiles, militares, académicos y de la Falange. Una vez que la procesión llegó a su fin se dispuso el oferente para realizar la ofrenda. En ella destacó que la idea medular del ser nacional era la confesión del credo católico y que el santo fue el artífice de todas las empresas «nacionales» que abrieron el camino a la fe y a la doctrina de Cristo. También agradeció por el «caudillo» considerándolo una donación providencial que condujo a la victoria al grito de «Santiago, y cierra a España», y rogó. Por último pidió que sean conservados los valores espirituales de la cristiandad («El ministro de Marina», 1941, p. 1). La respuesta del arzobispo fue muy simple y, sin involucrarse en un juego de legitimaciones cruzadas, agradeció en nombre de la basílica la ofrenda que el jefe del Estado español realizó en nombre de España.



Afirmó que el apóstol fue el precursor de la fe cristiana y protector durante los peligras («Ofrenda al apóstol Santiago», 1941, p. 1).

Antes de finalizar el año 1941 fue celebrada en la basílica una solemne ceremonia conmemorativa de la traslación del cuerpo de Santiago por sus discípulos desde el puerto de Jaffa en Jerusalén a Compostela. El periódico falangista *Arriba España* describió a la perfección el acontecimiento: el gobernador civil de la provincia de Aspe Bahamonde fue recibido en el salón de actos del Ayuntamiento por una delegación de autoridades civiles, militares, jerarquías del Movimiento, representaciones de la Archicofradía del Apóstol y diversas entidades de la ciudad. Desde allí se desplazaron hasta la basílica, donde fueron recibidos por una comisión de religiosos en nombre del arzobispo para luego realizar la procesión que recorrió las naves del sacro recinto. Al concluir se realizó la invocación:

Escarmentados y dolidos del laicismo del quinquenio republicano, heridos y ensangrentados en la guerra fratricida por la impiedad del marxismo, hemos vuelto a convencernos los españoles de que nuestra Santa Religión es la esencia de nuestro ser nacional, el factor principal de nuestras pretéritas grandezas, el sostén de nuestras glorias, el alma de nuestra vida y la piedra angular de nuestra Historia. Por destino de la Providencia tenemos que ser católicos [...] España –ha dicho el Caudillo– será más España cuanto más cristiana [...] Sin vos y sin vuestro Evangelio, el pueblo español hubiera tenido que capitular ante el genial corso vencedor de Europa [...] Y sin vos y sin vuestro Evangelio, quizás hubiéramos sucumbido recientemente ante el empuje brioso del marxismo que, retador y triunfante, avanzaba en España dispuesto a destruir la Propiedad, la Familia y la Religión. Pero vos despertasteis el espíritu de nuestro pueblo, encendisteis en patriótico ardor los entusiasmos de nuestra juventud, iluminasteis a nuestro Caudillo y protegisteis nuestra Fe. Os debemos, con vuestra protección, la victoria en la Santa Cruzada («La ofrenda de España», 1941, p. 1).

De nuevo, y con los mismos bríos, la unión de la historia y la fe con el «caudillo» fue patente, transformándose en una potente fuerza de legitimación y sacralización. Pero, a diferencia de los años ya estudiados, el componente filofalangista disminuyó con notoriedad y se realzó el componente católico.

En 1942, el elegido para hacer la oferta al apóstol fue el capitán general Solana. Como era costumbre, una comisión recibió al oferente para acompañarlo hasta el templo donde se produjo la procesión por



las naves y se detuvo en el lugar donde se interpretaron solemnes motetes. Pocos minutos más tarde el delegado del jefe de Estado se situó en el estrado del altar para realizar la oferta, pronunciando:

Apóstol Santiago, glorioso Patrón de España [...] quiero solicitar, vuestra intercesión para que [...] nos siga protegiendo a todos los españoles y, muy especialmente, a nuestro Caudillo, con su amor infinito, y siguiendo nuestro ejemplo nos conceda el don y la gracia de perseverar en la fe religiosa y, por ende, en la fe inquebrantable de los altos destinos espirituales de esta España inmortal. Amén («La fiesta del Apóstol Santiago», 1942, p. 2).

La contestación del arzobispo:

La Santísima Virgen para que continúe dispensando favores a nuestro glorioso Caudillo y a nuestra amada España [...] El culto de la Santísima Virgen del Pilar y el culto al Apóstol Santiago son inseparables y sus nombres van unidos a las mayores glorias de España: el de Este, a la reconquista de nuestra Patria; el de Aquélla, al descubrimiento de América («La fiesta del Apóstol Santiago», 1942, p. 2).

En 1943 una particular situación acaeció, pues la basílica compostelana recibió cuatro visitas oficiales, una de las cuales tuvo a Franco como protagonista físico. La primera, apenas iniciado el año, tuvo como representante del jefe de Estado al gobernador de La Coruña, de Aspe Bahamonde. La comitiva fue precedida por la banda municipal y detrás se movilizaban nutridas representaciones civiles, militares y eclesiásticas, cerrando el cortejo estaba el delegado del jefe del Estado junto con el alcalde de esta capital, del Valle. Dentro de la catedral aguardaba el arzobispo Muñiz y Pablos para la procesión. La misa fue oficiada por el deán Portela Pazos, luego siguió el turno del oferente, quien pidió por una España misionera mundial en una difícil época histórica y agregó que, para ser dignos de esa misión, debían estar empeñados en una intensa labor de reconstrucción y de superación guiada y presidida por el «genio del caudillo». El arzobispo se unió a la invocación pidiendo la intervención de Santiago en favor de la misión que España estaba llamada a realizar y esta no podría ser otra que la espiritualización del mundo («La ofrenda de España», 1943, p. 20).

Días antes de la Fiesta del Apóstol el periódico *Arriba España* publicó un artículo llamado «Peregrinación de la Falange a Santiago de Compostela», donde subrayaba el compromiso de la Falange



con el catolicismo e indicaba, además, cómo deberían comportarse aquellos falangistas que «marcharán a la ciudad jacobea»:

Las representaciones falangistas de toda España, que nutrieran la peregrinación, entrarán, previa confluencia en Centurias en la ciudad jacobea para postrarse [...] ante la tumba [...] del Hijo del Trueno [...] Es firme deseo del mando que constituya una manifestación clara e inequívoca del espíritu medularmente católico del Movimiento al mismo tiempo que motivo de labor misionera. Mitad monjes y mitad soldados habrán de ser los camaradas de la Falange que peregrinen a Compostela: mitad monjes, porque dejarán por los caminos al Rosario de sus oraciones, y a los pies del Glorioso Apóstol Santiago [...]; mitad soldados, porque dejarán al borde de los camiones la semilla de su sentido militar de la vida, porque marcharon en formación y porque procurarán alzar el conjuro de la voz de la Falange, la Fe de todo un pueblo [...] habrá detenciones para dar a los campesinos habitantes de los trayectos, ejemplo vivo de lo que es la Falange [...] encontrar ocasión para ejercer su función misionera y de apostolado falangista («Peregrinación de la Falange», 1943, p. 5).

La segunda visita al apóstol durante 1943 acaeció en la fecha oficial y se conmemoró con gran despliegue. En esta ocasión el oferente fue el capitán general del departamento marítimo de El Ferrol del Caudillo, Moreno Fernández. En la plaza de España se congregaron los jefes y oficiales de la guarnición y los de caballería que llegaron para recibir al oferente. La comitiva estuvo integrada por la banda municipal y las representaciones del Ejército, civiles y de la Falange iban a la cabeza. Más atrás, el oferente y cientos de ciudadanos, el alcalde de la ciudad, el gobernador civil, el jefe provincial del Movimiento, el delegado nacional del frente de Juventudes, el presidente de la archicofradía del apóstol, el embajador de la Argentina, el rector de la universidad y otras personalidades. Al llegar a la basílica el oferente fue saludado por una comisión religiosa. De allí salía la procesión en la que figuraban, junto al arzobispo de Compostela, el oferente, los obispos de Oviedo, Lugo y Mondoñedo y el abad mitrado de Samos, entre otros. Terminada la ceremonia, el oferente pasó a ocupar un sitial a la derecha del altar mayor, desde donde pronunció su discurso («La festividad de Santiago», 1943, p. 1; «España ofrendó el domingo», 1943, p. 1; «En nombre de S. E.», 1943, p. 1):

Santo Apóstol: la obra está iniciada, pero no terminada. Están los pilares puestos, sobre roca viva, bañados por la sangre, todavía caliente, de los



caídos. La mano del Caudillo no tiembla, ni al mandar, ni al hacer, y, en medio del estruendo del mundo en guerra y de los gritos de los impacientes y perjuros, suena su voz de mando clara, recia y alentadora. Y, poco a poco, sin [...] estridencias, va surgiendo la Patria una, grande y libre («La tradicional ofrenda de S. E.», 1943, p. 3).

La respuesta del arzobispo:

Junto al sepulcro de Santiago los inmediatamente encargados de su custodia, no cesamos tampoco de pedir a Dios, por intercesión de nuestro Apóstol y Patrono, para que guarde la vida de Su Excelencia. Que ilumine su entendimiento, fortalezca su voluntad y le dé acierto en el gobierno de la Nación. Que allane las dificultades y tropiezos que siempre encuentran los que gobiernan, y que suelen ser mayores cuando son mejores las intenciones («La tradicional ofrenda de S. E.», 1943, p. 3).

El periódico conservador *El Compostelano* del 26 de julio de 1943 reprodujo el sentido «misional» que las Falanges Juveniles intentaron demostrar a través de la ofrenda, aunque ese gesto simbólico de poco les sirvió, pues a esas alturas podría afirmarse que la batalla para la Falange era solamente para mantenerse dentro del Gobierno. La postura laica y paganizante de la Falange había languidecido frente a una politización del sacro imposible de contrarrestar:

A ti, Santiago Apóstol. Llegamos desde las tierras de España hasta el borde de tu sepulcro santo con la ofrenda de nuestro amor, de nuestra fe, de nuestra voluntad. Las Falanges Juveniles de Franco. A ti en esta peregrinación apostólica, te pedimos en tu día el triunfo de la verdad falangista. Por ti y por ellos, luchadores todos en la distancia del tiempo por el imperio hacia Dios («Ofrenda que las Falanges Juveniles», 1943, p. 1).

La tercera de las peregrinaciones de ese año fue la más importante debido a la presencia de Franco y a la movilización realizada por la Falange para ofrecer su devoción al apóstol. Fueron organizadas escuadras para el desfile procesional que esperaba en la plaza de España la llegada del «caudillo». En el extremo izquierdo de la plaza se encontraba la oficialidad de los regimientos, y en el otro extremo, los representantes del Ayuntamiento con la banda de música de la ciudad. Momentos más tarde Franco se hizo presente, pasó revista a las fuerzas que le rindieron honores así como el ministro secretario general del partido, Arrese. La Falange seguía luchando por una suerte que ya estaba echada:



Ayer la ciudad de Santiago de Compostela ha vivido la más grande de sus peregrinaciones jubilares. Era la Falange de España la que se acercaba a los pies del Hijo del Trueno para ofrecer el homenaje de su Fe y la ofrenda de su piedad religiosa. Franco, Caudillo de España, y Jefe nacional de la Falange, peregrino de esta magna romería de fe española ha presidido la solemnidad. Era la Falange y por consiguiente era el latido de España, quien [sic] se acercaba a los pies del amigo del Señor para expresarle el sentimiento católico del Movimiento («Franco preside», 1943, pp. 1-2; «La peregrinación de la Falange», 1943, p. 1).

Los peregrinos falangistas se fueron congregando en la plaza al triple grito de ¡Franco, Franco, Franco!, mientras que en las escalinatas del templo estaban en correcta formación los representantes de la sección Femenina y el Frente de Juventudes de toda la región. Arrese ofreció a Franco un bordón con la cruz y la concha, atributos del apóstol, que además llevaba bordadas con oro las flechas falangistas. El «caudillo» llegó a la puerta de la basílica en medio de las aclamaciones de la multitud donde fue recibido por el arzobispo Muñiz de Pablos. Luego de besar el anillo pastoral penetró solemnemente bajo palio en el recinto sacro seguido por todas las demás autoridades y jerarquías al son del himno nacional.

El «caudillo», una vez concluida la procesión, ocupó un sitial preferencial en el coro bajo el dosel frente a la capilla mayor del apóstol, a su derecha se ubicaron el capitán general y el ministro secretario general del partido. También en el coro, a uno y otro lado, se ubicaron las altas jerarquías y representaciones civiles y del Gobierno. Ante la capilla mayor se colocó un altar portátil para la misa, oficiada por el deán Portela Pazos. En el momento de alzar volvieron a escucharse los acordes del himno nacional. Terminada la misa el canónigo Fernández Capón dirigió las preces y, al finalizar Arrese, se dirigió al altar desde donde pronunció la invocación:

Aquí está postrada a tus pies la Falange, para pedirte en esta hora decisiva del mundo la Unidad, la grandeza y la libertad de España [...] la demostración de fe católica de la Falange ha venido a traer el clamor auténticamente español y tradicional de la juventud [...] han sabido que lo militar y lo religioso es la manera auténtica de entender a España y con la oración en los labios han luchado hasta la muerte contra los enemigos de Dios y de la Patria. Mitad monjes y mitad soldados nos enseñó a ser José Antonio y hoy, con las camisas azules y las boinas rojas, hábito y uniforme, venimos a pedirte por nuestro Caudillo, por los destinos de España y por



nuestra fe [...] Una Patria audaz y marinera que lleve a los confines del mundo la semilla buena y en suplica [...] Acepta, Santo Apóstol las frases fervorosas de la Falange que ante tus plantas renueva su triple profesión de fe: Creemos en Dios, Creemos en España, Creemos en Franco («Franco preside», 1943, pp. 1-2; «La peregrinación de la Falange», 1943, p. 1).

Desde el púlpito y en nombre del arzobispo, contestó el canónigo magistral Lago Cizur:

Caudillo de nuestras armas en la defensa de la Cruz y de la Patria [...] Postraros ante el Señor Santiago y pedirle tres gracias: la paz del mundo, una paz basada en la justicia y en el sentir fraternal de la caridad cristiana; la unión espiritual y patriótica de todos los españoles, luz y acierto para el soldado que es hoy Jefe del Estado y aun ayer condujo a la victoria a las armas españolas en defensa heroica de la Cruz y de España («Franco preside», 1943, pp. 1-2; «La peregrinación de la Falange», 1943, p. 1).

Terminadas las palabras del canónigo se cantó el himno del apóstol, mientras Franco pasaba del coro al altar mayor, seguido del ministro y las demás jerarquías, para rendirle culto. Desde allí se dirigió al camarín para abrazar la imagen y depositar junto a ella el bordón de peregrino que lo había acompañado toda la ceremonia religiosa. El ministro y demás jerarquías imitaron las acciones del «caudillo»:

España en la persona de su soldado, de su Caudillo invicto del jefe Nacional de Su Falange acaba de rendir el más sublime homenaje al peregrino que sembró por España la buena semilla evangelizadora, al vencedor en Clavijo al patrocinador de todas nuestras glorias patrias. Y ha sido la Falange quien nos ha ofrendado esta hermosa manifestación de religiosidad este acto de fe piadosa, que guardará entre todos los recuerdos de su sacra historia la ciudad del Apóstol («Franco preside», 1943, pp. 1-2; «La peregrinación de la Falange», 1943, p. 1).

Franco se retiró de la catedral y fue despedido con los mismos honores que a su entrada al templo. En la plaza de la Inmaculada miles de falangistas acogieron su presencia gritando su nombre. La conclusión de esta demostración de fe a Santiago fue muy inferior a aquella dispensada al «caudillo» mientras la ceremonia era cerrada con el himno de la Falange («Franco preside», 1943, pp. 1-2; «La peregrinación de la Falange», 1943, p. 1).



La Falange de 1943 ya estaba «domesticada», sometida por completo a Franco, sin ninguna posibilidad de reivindicar la idea nacional-sindicalista para el «Nuevo Estado». De cualquier modo se acercó a Compostela para homenajear al apóstol y al «caudillo», términos que continuaban, para esta, siendo intercambiables. No obstante sus limitaciones de poder, la Falange intentó reivindicar para sí parte de la organización de la celebración, cultivando una exacerbada devoción por Franco que aprovechó el despliegue religioso para obtener su rédito político «sacral». Pocos días después, el periódico católico *La Lámpara del Santuario* reconoció esta unión que salvó a España:

Rescatada por la protección de Dios y nuestro invencible Caudillo, a golpe de espada, sacrificio y heroísmo. Descansen en paz y gocen de gloria eterna allá en el cielo tantos como a costa de su sangre la lograron aquí en la tierra, al precio de su vida por Dios y por España sacrificada. Por ellos y por España te rogamos, ¡Patrón de los españoles! Por España y por el Caudillo, para que si en los inescrutables designios de Dios estuviese que aún mereciésemos nuevas pruebas, vengas como viniste siempre a defendernos de nuestros enemigos; que, fieles nosotros siempre a Dios y con la segura mano y sabiduría del Caudillo gobernados, nada tememos si contamos con tu protección («Crónica Eucarística», 1943, p. 141).

La cuarta y última movilización hacia Compostela del año 1943 fue la fiesta conmemorativa de la traslación de los restos del apóstol. Designado como oferente el alcalde de la ciudad, De la Riva Barba estuvo acompañado por el gobernador civil de la provincia, el delegado comarcal del Movimiento, el comandante militar de la plaza, el rector interino de la Universidad, el juez de Instrucción y otras representaciones. La comitiva se trasladó desde el palacio municipal hasta la basílica y entró por la puerta del Obradoiro. En la puerta de la basílica fueron recibidos por una representación religiosa que, en nombre del arzobispo, les dio la bienvenida. En seguida se organizó la procesión presidida por el arzobispo. Una vez esta concluyó, de la Riva Barba realizó la oferta describiendo parte de la historia española y solicitando una bendición para el «caudillo», para la ciudad de Compostela y para la patria («La fiesta conmemorativa de la traslación, 1943», p. 1).

A lo largo del artículo se han apreciado los desarrollos que tuvieron las diferentes celebraciones y liturgias que se realizaron en torno al apóstol Santiago, y del análisis de estas podría establecerse un interesante paralelo con el estudio llevado a cabo por Mona Ozouf (2001) sobre la «fiesta revolucionaria» ambientada durante



la Revolución francesa. La autora señala que la fiesta se transformó en un complemento al sistema legislativo y en el cual se estableció un nuevo vínculo social con el ciudadano; que carecía de conciencia de sí misma y le confería un peso sacral a algunos de sus elementos derivados de un pasado remoto. Además se basaba en el instinto con una voluntad por sustituir al culto católico por uno nuevo.

Partiendo de este punto de vista se destaca que en el culto al santo hubo una innegable voluntad de transformar las ceremonias en «cultos patrióticos», sacralizando símbolos mundanos y personas –sobre todo a Franco–. También se utilizó y manipuló la historia para ligarla a la guerra civil como el último eslabón de una «guerra santa». A todo ello se debe sumar la manipulación de reliquias, de gran valor religioso para dar más peso y legitimación a la naciente guerra y a Franco.

Discusión

El período estudiado se enmarcó entre 1936 (desde el inicio de la guerra civil española) hasta 1943 (período durante el cual la Falange pierde en su enfrentamiento contra la Iglesia por impostar un Estado nacional-sindicalista). Se apreció, a lo largo del artículo, una constante búsqueda de legitimación de la sublevación, de la guerra y, en especial, de Francisco Franco mediante la utilización del culto a Santiago apóstol. Legitimación que para Franco se transformó en sacralización hasta colocarlo en el mismo pedestal que el santo festejado. El culto fue un engranaje más en la funcionalidad de los intereses del momento, por ello la festividad fue desacralizada para adaptarla a las necesidades de la guerra y, posteriormente, a la consolidación de un Estado nacional-católico. Por ello se han destacado los paralelismos con el libro de Mona Ozouf (2001), aunque la diferencia principal es que el culto a Santiago era original y eminentemente católico. De ahí que su fuerza de desacralización haya sido tan abrumadora.

En tiempos de guerra, la restauración de la celebración a Santiago fue, sin duda, una legitimación de gran importancia para los sublevados. Fue considerado guía y apoyo incondicional durante las batallas (era un santo guerrero) y como un divino mentor del «caudillo» en la lucha contra los «infeles». Era el renacer de una nueva cruzada entre lo espiritual y lo material, por ello su concurso se consideró superlativo. El alzamiento adoptó carácter de cruzada en gran parte por la devoción popular –además del apoyo donado por la Iglesia a la causa rebelde–, lo que provocó que la guerra se encauzara en esos tonos.



El culto al apóstol, como sostenido, fue motivo de áspero enfrentamiento entre la Falange y la Iglesia. La primera intentó instrumentalizarla para crear una atmósfera de sacralidad en torno a Franco y alentar un culto paralelo. Su objetivo final era transformarse en la fuerza más importante dentro de los rebeldes y apuntar a la consecución de un Estado nacional-sindicalista. La Iglesia, por su parte, intentó conservar el monopolio de la celebración pero al mismo tiempo politizar el sacro, es decir, lograr una mayor intervención en los asuntos temporales. Esta reflejó las virtudes del apóstol en Franco: piadoso, guerrero defensor de los valores religiosos, providencial.

De cualquiera de ambas posturas el «caudillo» obtuvo un rédito: fue indistintamente sacralizado como enviado providencial y como la encarnación del apóstol. La presencia de Franco en las celebraciones de 1938 y 1943 son ejemplificadoras. En la primera visita, en tiempos de duros combates, el «caudillo» fue recibido como un héroe guerrero al son de los himnos del apóstol y de la Falange, loado y congratuado. La intención fue provocar una sensación de sobrenaturalidad. En la segunda visita, en cambio, Franco fue alabado como héroe de la «nueva España» y de la paz, compenetrándose con la imagen del santo, liberador del yugo «sarraceno». La fiesta, en definitiva, no hizo más que trasladar la devoción hacia Franco. Devoción de la que otra gozara el apóstol Santiago, patrón de España.

Referencias

- A Franco (25 de julio de 1938). *Signo*, p. 1.
- Aldea Vaquero, Q., Marín Martínez, T. & Vives Gatell, J. (1972). *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*. Vol. iv. Madrid: Instituto Enrique Flórez.
- Álvarez Bolado, A. (1995). *Para ganar la guerra, para ganar la paz. Iglesia y guerra civil (1936-1939)*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- Aróstegui, J. (Ed.) (2012). *Franco: la represión como sistema*. Barcelona: Flor del Viento.
- Ayudemos a terminar la guerra (24 de julio de 1938). *Boletín Parroquial de San Pablo*, p. 1.
- Berrueta (25 de julio de 1937). Santiago, y cierra España. *El Adelanto*, p. 1.
- Campos, J. & Fernández de Sevilla, F. (2002). La fiesta barroca, fiesta de los sentidos. En G. Fernández Juárez & F. Martínez Gil (Eds.).



- La fiesta del Corpus Christie* (pp. 91-122). Castilla-La Mancha: Universidad Castilla-La Mancha.
- Caro Baroja, J. & Temprano, E. (1985). *Disquisiciones antropológicas*. Madrid: Istmo.
- Casanova, J. (2001). *La Iglesia de Franco*. Madrid: Temas de Hoy.
- Castro, A. (1954). *La realidad histórica de España*. México: Porrúa.
- Conde, F. (1974). Espejo del caudillaje. En F. Conde. *Escritos y fragmentos políticos, I* (pp. 369-375). Madrid: IEP.
- Crónica Eucarística (1943, septiembre). *Lámpara del Santuario*, p. 141.
- De Vizcarra, Z. (1 de agosto de 1932). El Apóstol Santiago y el mundo hispano. *Acción Española*. 3(16), pp. 385-400.
- Di Febo, G. (1988). *La Santa de la raza. Un culto barroco en la España franquista 1937-1962*. Barcelona: Icaria.
- Di Febo, G. (2002). *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Diócesis de Pamplona (1 de diciembre de 1936). *Boletín Eclesiástico Oficial del Obispado de Pamplona*, p. 465.
- Diócesis de Pamplona (1 de enero de 1938). *Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Pamplona*, p. 4.
- El Camino del Apóstol (25 de julio de 1937). *La Gaceta de Norte*, p. 1.
- El Caudillo, peregrino a Santiago (18 de diciembre de 1938). *Signo*, p. 1.
- El Generalísimo a los pies del Apóstol Santiago (6 de diciembre de 1938). *Arriba España*, p. 1.
- El general Moscardó hace en Compostela la ofrenda nacional al Apóstol (25 de julio de 1939). *El Alcázar*, p. 3.
- El ministro de Marina hace la ofrenda al Apóstol en nombre del Caudillo de España (25 de julio de 1941). *El Alcázar*, p. 1.
- En nombre del Caudillo, hizo ofrenda al Apóstol Santiago, en la Basílica Compostelana, el laureado General Moscardó (26 de julio de 1939). *La Gaceta del Norte*, p. 1.
- En nombre de S. E. el Jefe del Estado, presentó la tradicional ofrenda al Apóstol el capitán general del Departamento Marítimo de el Ferrol del Caudillo, Excmo. Sr. D. Francisco Moreno (26 de julio de 1943). *El Compostelano*, p. 1.
- España entera, camino de Santiago (24 de julio de 1938). *El Alcázar*, p. 1.
- España ofrendó el domingo a su Santo Patrono en Compostela los tradicionales mil escudos de oro (27 de julio de 1943). *Ya*, p. 1.



- España vuelve hacia Santiago (25 de julio de 1937). *El Eco de Santiago*, p. 1.
- España ofrendó el domingo a su Santo Patrono en Compostela los tradicionales mil escudos de oro *Ya*, (27 de julio de 1943) p. 1.
- Fernández García, A. (1985). La Iglesia española y la guerra civil. *Studia Histórica*, (3), pp. 37-74.
- Franco preside la grandiosa peregrinación de la Falange (23 de agosto de 1943). *Correo de Zamora*, pp. 1-2.
- Gallego, F. (2012). La evolución política de la zona sublevada. En A. Viñas (Ed.), *En el combate por la historia. La República, la guerra civil, el franquismo* (pp. 313-333). Barcelona: Pasado y Presente.
- ¡Gloria Dios! ¡Viva su providencial Caudillo! ¡Arriba España! (9 de abril de 1939). *Boletín Parroquial de San Pablo*, p. 1.
- Kertzer, D. (1988). *Rituals, Politics and Power*. New Heaven: Yale University Press.
- La festividad de Santiago (26 de julio de 1940), *Arriba España*, p. 1.
- La festividad de Santiago, Patrón de España. *El Alcázar* (26 de julio de 1943), p. 1.
- La fiesta conmemorativa de la traslación de los restos del Apóstol Santiago (30 de diciembre de 1943). *El Alcázar*, p. 1.
- La fiesta del Apóstol Santiago solemnizada en toda España (25 de julio de 1942). *El Alcázar*, p. 2.
- La ofrenda al Apóstol Santiago (26 de julio de 1938). *El Alcázar*, p. 5.
- La ofrenda de España ante el Apóstol Santiago (26 de julio de 1938). *Correo de Zamora*, p. 3.
- La ofrenda de España al Apóstol Santiago (31 de diciembre de 1941). *Arriba España*, p. 1.
- La ofrenda de España a Santiago (2 de enero de 1943). *Ecclesia*, p. 20.
- La peregrinación de la Falange al Apóstol Santiago fue presidida por el Caudillo (23 de agosto de 1943). *El Alcázar*, p. 1.
- La tradicional ofrenda de S. E. El Jefe del Estado al Apóstol Santiago (27 de julio de 1943). *La Gaceta del Norte*, p. 3.
- Moradiellos E. (2000). *La España de Franco (1939-1975)*. Madrid: Síntesis.
- Moro, R. & Menozzi, D. (Eds.) (2004). *Cattolicesimo e totalitarismo. Chiese e culture religiose tra due guerre mondiali (Italia, Spagna, Francia)*. Brescia: Morcelliana.
- Número extraordinario de *El Eco de Santiago* (25 de julio de 1937). *El Eco de Santiago*, p. 1.
- Ofrenda al Apóstol Santiago (26 de julio de 1941). *Arriba España*, p. 1.



- Ofrenda del Caudillo ante Santiago Apóstol (26 de julio de 1940). *Ya*, p. 1.
- Ofrenda de la sangre de los mártires (7 de septiembre de 1940). *Signo*, p. 5.
- Ofrenda que las Falanges Juveniles de Franco hacen al Apóstol Santiago (26 de julio de 1943). *El Compostelano*, p. 1.
- Olaechea (1 de septiembre de 1938). Al clero y fieles de la diócesis. *Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Pamplona*, pp. 488-489.
- Ozouf, M. (1982). *La festa revolucionaria (1789-1799)*. Bolonia: Pàtron editore.
- Peregrinación de la Falange a Santiago de Compostela (21 de julio de 1943). *Arriba España* p. 5.
- Poirier, V. (2001). Feste e cicli liturgici. En F. Lenoir & Y. Tardan-Marquelier (Eds.). *La religione*. Vol. v. Turín: UTET.
- Pöll, W. (1969). *Psicología de la religión*. Barcelona: Herder.
- Por Dios y por España (25 de julio de 1938). *Signo*, p. 1.
- Raguer, H. (2001). *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*. Barcelona: Península.
- Redondo, G. (1993). *Historia de la Iglesia en España 1931-1939*. Vol. II. Madrid: Rialp.
- Reig Tapia, A. (1995). *Franco «caudillo» mito y realidad*. Madrid: Tecnos.
- Rivierè, C. (1998). *Liturgie politiche*. Como: Red Edizioni.
- Sánchez Jiménez, J. (2004). *La España contemporánea. De 1931 a nuestros días*. Vol. III. Madrid: Istmo.
- Santiago, Fiesta Nacional (25 de julio de 1937). *La Gaceta del Norte*, p. 1.
- ¡Santiago y cierra España! (24 de julio de 1938). *El Alcázar*, p. 1.
- Saz, I. (2003). *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid: Marcial Pons.
- Serrano Súñer, R. (26 de julio de 1938a). La Ofrenda de España ante el Apóstol Santiago. *Correo de Zamora*, p. 3;
- Serrano Súñer, R. (1 de agosto de 1938b). *Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Pamplona*, pp. 321-324.
- Southworth, H. (1963). *El mito de la cruzada de Franco*. París: Ruedo Ibérico.
- Thomas, J. M. (2001). *La Falange de Franco*. España: Plaza Janes.